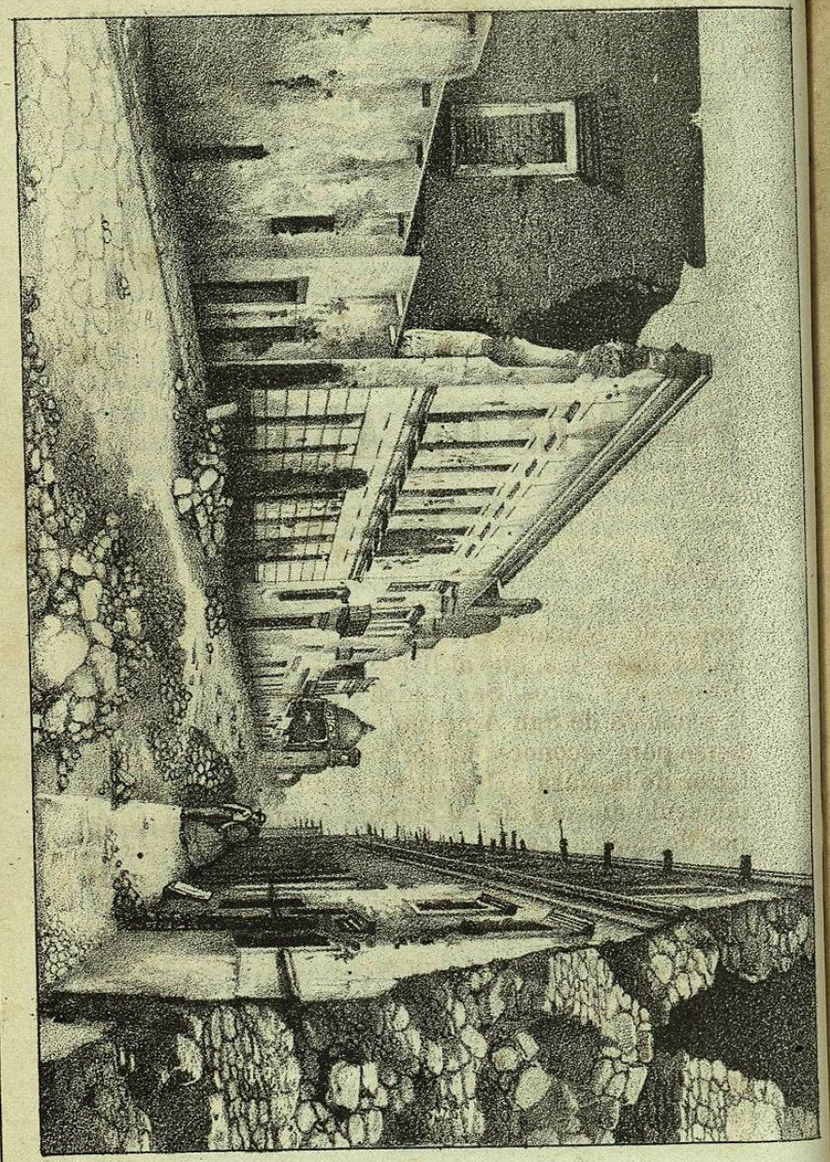


Litog. de Rivera

La calle de San Marcos al momento de Puebla

L. Barrés dib.

MES DE ABRIL.

Dia 1.° El fuerte de Morelos y las manzanas á él contiguas que desocuparon, como dije ántes, las tropas de Gonzalez Ortega, hallábanse hoy en poder de los franceses, que al llegar á las calles de San Marcos, los Loros, San Judas y la parte occidental de la plazuela de San Agustin, juzgaron oportuno detenerse para reconocer mejor los demas puntos del interior de la plaza. En ellos habian los juaristas establecido minas y de tal manera fortificado el interior de muchas casas, que aun las mismas tropas de Oriente se perdian entre aquel laberinto de puertas y ventanas obstruidas con atrincheramientos, y llenos por todas partes de horadaciones. Júzguese cual seria la dificultad que tendrian los franceses para penetrar por esos edificios, en que ocultos los sitiados apenas veían aparecer á aquellos cuando les dirijian nutridas descargas. No por esto menguaba el arrojo de los franceses, y si á campo raso su empuje es irresistible, en el ataque de las manzanas

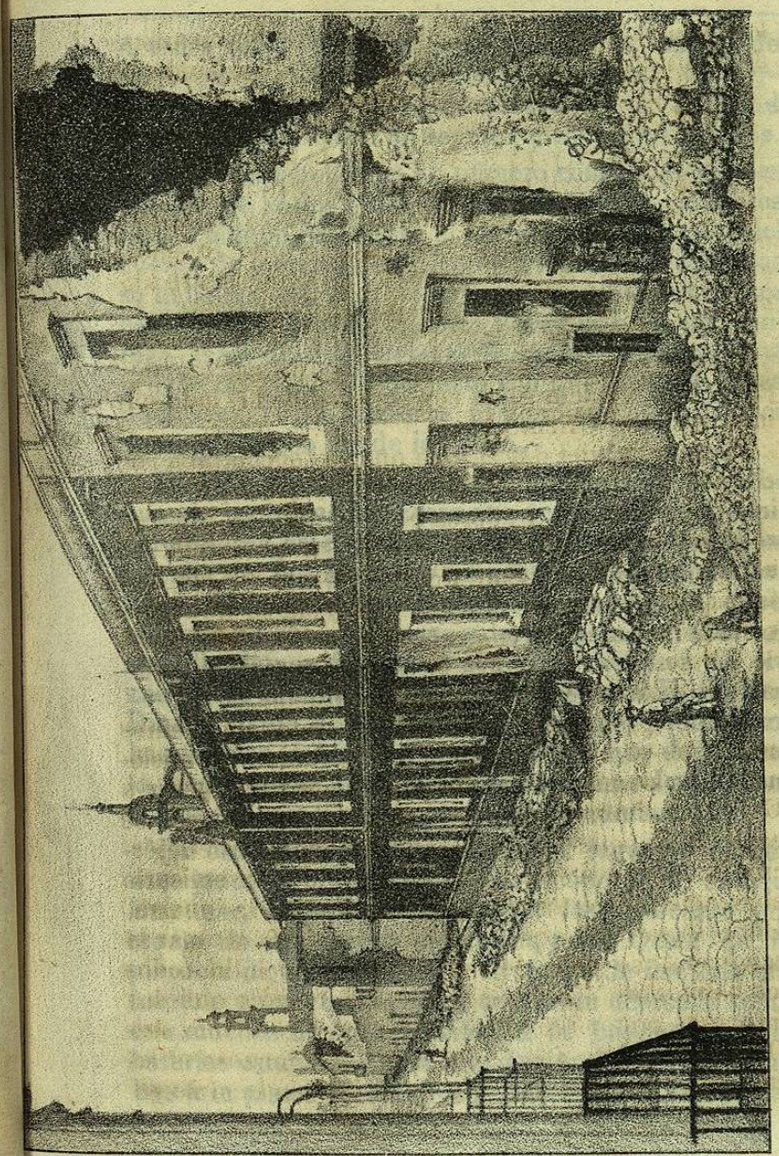
fortificadas bastantes pruebas dieron á los juaristas de una intrepidez nada comun y que ocasionaba á estos últimos desgracias innumerables.

En el Hospicio de pobres, cuya toma se verificó en este dia, tuvieron lugar esos actos de valor heróico á que nos referimos, pues á pesar del vivo fuego que los defensores de Puebla hacian desde la trinchera de la calle de Cholula y otros puntos que rodean á aquel estenso y hermoso edificio, los franceses se alojaron en él, conquistando así una manzana mas.

Desde luego los juaristas desesperados apelaron al miserable medio de demolerla á cañonazos, dejando en completa ruina con especialidad el lado que mira hácia el Oriente.

A la mitad del dia el gefe que se encontraba en el cerro de Guadalupe dió parte á la plaza de que una gran línea de tiradores bajaba á la derecha por el camino de México y que una larga polvareda se veía en direccion á San Juan. Creyendo los reformistas, al ver esos movimientos lejanos, que próximamente iba á ser atacado Comonfort, llenáronse de inquietud y colocados en varias alturas, tenian fijas sus miradas en el Poniente de Puebla.

Habiendo entrado á la plaza en estos momentos no sé que persona del campamento frances, comisionada por los prisioneros de San Javier para pedir á Gonzalez Ortega algunos auxilios pecuniarios, se esparció la noticia de que el general en gefe del ejército franco-mexicano habia encargado á un emisario el arreglo de ciertos puntos tocantes á la guerra. Unos decian que aquella persona venia á intimar la rendicion, so pena de ser pasados á cuchillo todos los habitantes; otros hacian correr la voz de que los franceses pretendian celebrar tratados con Gonzalez Ortega, para que apareciese menos vergonzoso el levantamiento de un sitio que no podia continuarse ya.



L. Galvés dib.º

Litog. de Rivera.

El Hospicio de pobres.

A todos estos rumores puso término la salida de un jóven zacatecano, ayudante de D. Jesus G. Ortega, á quien se encomendó llevara cierta cantidad de dinero para hacer un reparto entre los prisioneros.

Estos componian ya un nùmero considerable, pues ademas de varios gefes y oficiales cuyos nombres tiene cuidado de ocultar el autor de la historia del cuerpo de ejército de Oriente, cerca de 500 soldados se hallaban entre los sitiadores, y repetidas veces habian solicitado del general Forey que los incorporase en las filas del general Márquez. Hé aquí una prueba del profundo disgusto con que veian la causa de Juarez, cuyos intereses pretendian confundir los demagogos con los de la patria.

Dia 2. Hacia tiempo que habia entrado la noche cuando las tropas francesas que ocupaban el Hospicio abrieron brecha en el antiguo presidio situado en la calle de San Márcos y un grupo de zuavos se lanzó decididamente con el objeto de reconocer aquel edificio: en sus espaciosas galerías, atrincheradas con saquillos llenos de tierra y con gran cantidad de lozas de las banquetas, hallábase el general D. Porfirio Diaz al frente de una numerosa seccion y entre ambas fuerzas trabóse un rudo combate que duró hasta la media noche en el cual murieron mas de cincuenta mexicanos, y no pocos de los sitiadores.

En esos mismos momentos tenia lugar un ataque semejante en la manzana que ocupaba el coronel Balcàzar, á donde se acercaron los franceses por medio de otra brecha practicada por el Oeste de la plazuela de San Agustin. El fuego de fusilería era horrible y los combatientes se habian acercado tanto que muchos de ellos peleaban á la bayoneta. Las baterías establecidas en San Javier lanzaban bombas á la plaza y los cañones introducidos en las ca-

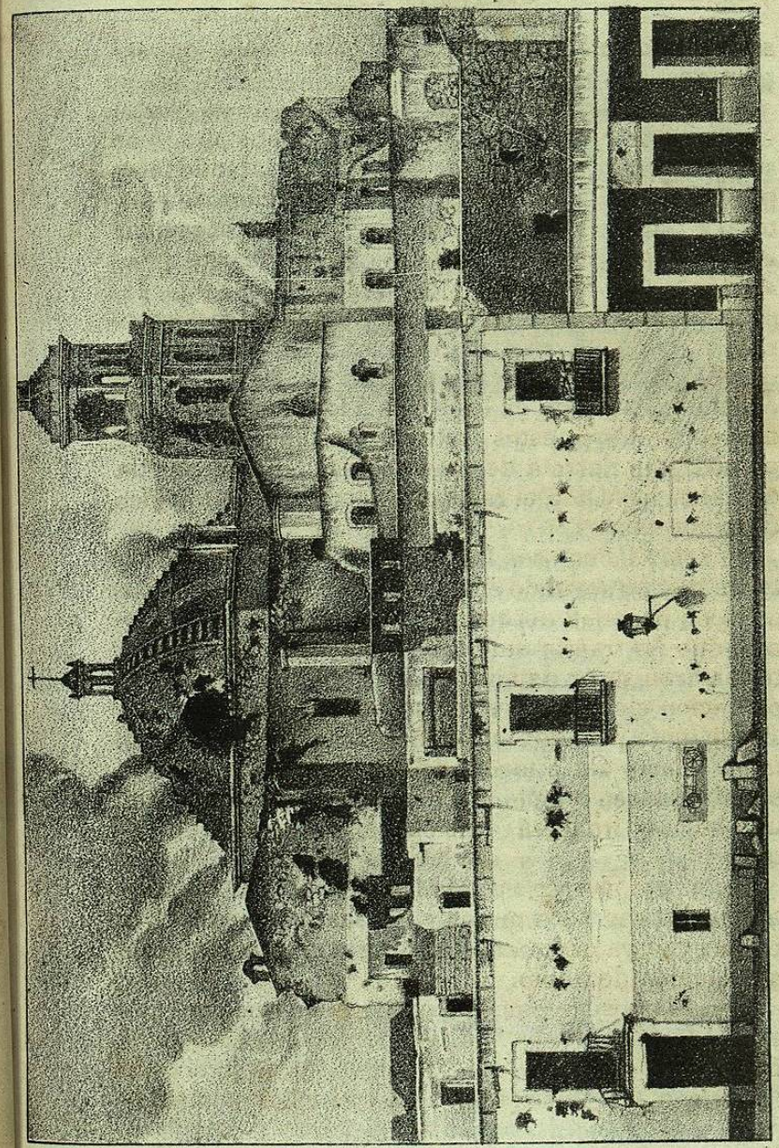
sas producian con sus disparos una confusion espantosa.

Estos reconocimientos tenian por objeto rodear el convento de San Agustin, donde los juaristas tenian sus principales depósitos, evitando hasta donde fuera posible un ataque á viva fuerza del mencionado punto, por temor de una esplosion que podria ocasionar lamentables pérdidas. La realizacion de este pensamiento debió dejarse sin duda para mas tarde, pues en el momento en que los franceses se preparaban á dar una carga en toda forma, recibieron órden de permanecer en los puntos de la línea que ocupaban, dejando en los suyos á los juaristas, lo que dió motivo á que estos pretendieran hacernos creer en una gran derrota de los franceses, que consistia en haber impedido el reconocimiento de veinticinco ó treinta zuavos.

Dia 4. Temerosos los gefes del ejército de Oriente de que un segundo empuje de los sitiadores los pusiera en posesion del referido convento, circunstancia que les traería muy funestas consecuencias, determinaron sacar de allí todas las municiones, cuya operacion ejecutaron en la noche del dia anterior. En seguida pusieron en planta el infame proyecto, largo tiempo ántes meditado, de reducir á cenizas aquel hermoso templo, haciendo creer al pueblo que una bomba francesa ocasionaba semejante catástrofe.

En efecto, á poco mas de las seis de la mañana ardian los sagrados muros y por las ventanas de la cúpula y la ya destrozada torre se veía salir una gruesa columna de humo.

Sería imposible pintar el terror é indignacion que se apoderaron de los habitantes de esta ciudad, al contemplar aquel espectáculo digno de los furores de la destructora demagogia. Sus corifeos aparenta-



L. Gravcés dib.º

Litog. de Rivera.

Incendio del templo de S. Agustin. (4 de Abril de 1863).

ban el mas grande asombro y se mostraban airados porque los franceses *aniquilaban nuestros templos.* "*He aqui á los defensores de la religion, á los protectores de México,*" decian; mas el pueblo no atendia á estas hipócritas esclamaciones, porque el crímen de los juaristas era demasiado patente y aun andaban en boca de todos los nombres de los autores de tan escandaloso atentado.

A varios causará estrañeza mi lenguaje y muchos me llamarán calumniador, mas los que fueron testigos de los hechos dirán si mis palabras son del todo conformes á la verdad. Lo que sí ha de estrañarse es el empeño con que los juaristas trataban de aparecer inocentes, cuando ya habian dado muestras de su instinto devastador, arrasando las iglesias de San Sebastian, de Guadalupe y otras, para no hablar mas que de los edificios consagrados á Dios. La barreta de la reforma habia sido sustituida por las teas y las minas, he aquí la única diferencia; y si por la frecuencia con que manejaban la primera, dió el pueblo su exacta calificacion á los ingenieros del ejército de Oriente, [1] tambien por los estragos de las segundas se grangearon los demagogos el nombre de incendiarios que habrá de conservarles la historia.

Entre tanto las llamas seguian consumiendo el templo: á las nueve de la mañana los vecinos de las casas contiguas, temiendo los progresos del fuego, corrian despavoridos y cuando el cuerpo de bomberos recibió órden de prestar sus auxilios el incendio iba tocando á su término [2]

---

[1] *Sabido es que estos señores eran conocidos del vulgo con el apodo de* "el tiempo"

[2] *Doce años hacia qne el R. P. Fr. Manuel Baez, Prior del convento de San Agustin, reuniendo las escasas limosnas de*

Dia 5. Los franceses continuaban arrojando, aunque pausadamente, sus proyectiles sobre la ciudad, y de los fuertes del Cármen y Santa Anita no cesaban las baterías de Oriente de dirijir sus fuegos cruzados á la Penitenciaria, el Parral y Guadalupe, en tanto que el cañon de grueso calibre destinado á batir el Hospicio tenia á los habitantes en perpetua alarma. El vigía de la torre, que poco era ya lo que ejercitaba sus funciones, pues en aquella altura estallaban muchísimas granadas, dió aviso á Gonzalez Ortega de que una fuerza compuesta de cerca de 2.000 hombres entraba en la fortaleza de San Javier, y que del campamento del Agua azul pasaban 500 franceses á San Juan.

Estas noticias dieron motivo á que los constitucionalistas pensasen que se enviaba un refuerzo con el objeto de abrir brecha por la parte occidental de San Agustin, y para prevenir ese caso, ordenaron á

---

los fieles, trabajaba por reconstruir una buena parte del templo, poniéndolo al nivel de los mas hermosos de la república: de modo que á su espaciosa nave, á su excelente órgano, obra maestra en sentir de los inteligentes, y á todas sus antiguas preciosidades artísticas, habia ya conseguido el referido prelado unir la de un magnífico altar mayor, que se hallaba concluido desde Febrero del presente año, debiendo estrenarse el juéves de la semana mayor, precisamente en la que aconteció la desgracia del incendio.

Nunca dejarán los poblanos de sentir la destruccion de este hermoso edificio, que por largos años estará patentizando la barbarie de los agentes de Juarez. Olvidábaseme añadir que à mas de las pérdidas irreparables que sufrieron los religiosos agustinos, multitud de objetos que varios particulares depositaron en las capillas del templo, fueron tambien devorados por las llamas.

los ingenieros que á la mayor brevedad estableciesen gran número de minas en todos los puntos amenazados.

Al comenzar la noche aquellos temores parecieron confirmarse, pues en la calle de Cabecitas, situada á espaldas del mencionado convento, se empeñó un ataque, cuyo nutrido fuego de fusilería nos hizo entrar en la mayor inquietud. Todos formaban diversas conjeturas sobre la toma de San Agustin, que sin duda debia verificarse aquella noche en sentir de los mismos juaristas; estos se hallaban en un estado de notable abatimiento y á medida que se fijaban en la consideracion de que un empuje vigoroso y bien dirigido podia conducir muy fácilmente á los franceses hasta el centro de la ciudad, entraban en el mayor desórden que imaginarse pueda. Felizmente para ellos, al cabo de media hora el fuego habia cesado y todo volviò á quedar en profundo silencio.

Dia 6. Desde la noche del dia anterior habíase decidido por los franceses que se hallaban en el Hospicio tomar la manzana inmediata rumbo al Oriente; al efecto se colocaron dos piezas en la casa con que termina la calle de la Estampa, por el lado occidental de la plaza y despues de haber abierto una brecha en la casa del frente, en cuyos espaciosos corrales estaban atrincherados los juaristas, un grupo de zuavos, bajo las órdenes del teniente Galand, se apoderó del mencionado punto. Mas era imposible permanecer en él y mucho mas internarse en los edificios contiguos, á consecuencia de que la estrechez de las puertas y horadaciones no permitia que avanzase unida la columna francesa; uno ó dos soldados podian tan solo ir penetrando sucesivamente y en tan desfavorable posicion ya se deja entender que su arrojo costó á muchos la vida. Entonces se determinó que los zapadores demoliesen algunas pa-